

PRESENTACIÓN

José Álvarez Junco y Mercedes Cabrera

Santos Juliá desempeña un papel central en la renovación de la historiografía española. Es autor de varios libros fundamentales, ha animado y coordinado trabajos colectivos, ha dirigido y participado en seminarios académicos, ha intervenido en numerosos congresos nacionales e internacionales, ha llevado la historia de España a múltiples foros y se ha convertido en uno de los historiadores más conocidos dentro y fuera de nuestro país. Es un riguroso y exigente divulgador, un crítico y polemista y, además, un comentarista de la actualidad política, un creador de opinión a través de sus colaboraciones en la prensa y de su presencia en los medios de comunicación. Un claro ejemplo, en definitiva, de coraje cívico y de lo engañosa que resulta la metáfora de la torre de marfil a la hora de hablar del mundo académico. Santos Juliá ha bajado a la arena del debate público y ha respondido a ataques, muchas veces iracundos, con la misma contundencia y el mismo rigor con los que ha abordado la complejidad de nuestro pasado más reciente.

Todo esto ha sido así porque Santos Juliá se ha enfrentado a los grandes temas de nuestra historia contemporánea. Y lo ha hecho de una manera personal y valiente, sin pretender en modo alguno ser un *enfant terrible*, pero a la vez poco preocupado por respetar prestigios o jerarquías establecidas. Mas no solo eso. Porque también ha estado muy atento a la renovación teórica y metodológica en la historia y las ciencias sociales; y ha sido, sobre todo, extremadamente cuidadoso al tratar la información buscada en archivos y hemerotecas, a partir de una lectura exhaustiva de los documen-

tos y escritos de los actores históricos y también de quienes han trabajado sobre ellos más tarde. El resultado es una obra sólida, original e independiente, jalonada por varios libros seminales, que se han convertido en textos clásicos en el plano historiográfico, capaces de abrir nuevos caminos en el ámbito de la investigación y de generar un abundante caudal de reflexión y polémicas. En su trayectoria personal, cada investigación ha servido de punto de partida a las siguientes, de modo que en unos libros puede rastrearse el embrión de otros y el conjunto adquiere una gran coherencia.

El estudio de la sociedad y la política en el Madrid republicano, objeto de su tesis doctoral (*Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, 1984), le llevó más tarde a elaborar una amplia historia de la ciudad (*Madrid. Historia de una capital*, 1994, escrito junto a Cristina Segura y David Ringrose). La biografía política de Manuel Azaña mereció una primera aproximación en 1990 (*Manuel Azaña, una biografía política*) y otra, más completa, en 2008 (*Vida y tiempo de Manuel Azaña*), después de haber recuperado, reunido y prologado distintos textos del político republicano. Un trabajo exhaustivo que culminó en la edición comentada de sus obras completas: siete volúmenes, publicados en 2007 por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, en los que Santos Juliá reunió todos los escritos, discursos y cartas de Azaña.

Desde que en 1977 publicó su libro sobre la izquierda del Partido Socialista en los últimos años de la Segunda República (*La izquierda del PSOE 1935-1936*), al que siguió poco después *Los orígenes del Frente Popular 1934-1936* (1979), han sido varios los libros que ha escrito y coordinado sobre la historia del socialismo español, tarea que culminó con la publicación de *Los socialistas en la política española. 1879-1982* (1997). Más abundante en frutos todavía ha sido la atención que ha dedicado a la historia social y política de la Segunda República y la guerra civil: escritos individuales, coordinación de libros colectivos, celebración de seminarios, congresos y exposiciones.

En 2004 publicó *Historias de las dos Españas* (2004), un recorrido por la historia intelectual contemporánea que mereció el Premio Nacional de Historia en 2005. Durante el largo periodo de gestación de este libro, Juliá ya había dado a conocer numerosos artículos en los que abría espacios para la reflexión sobre las rela-

ciones entre intelectuales y política en diferentes momentos: por ejemplo, acerca de la generación de 1898 y la de 1914, o a propósito de la pugna entre excluyentes y comprensivos durante la década de 1950, o de los diversos proyectos de reconciliación nacional a lo largo de la dictadura franquista. En estos momentos, la Transición —periodo al que ha dedicado ya diversos escritos en su doble faceta de historiador y publicista— es uno de sus principales campos de estudio y sobre él piensa publicar en breve una nueva obra.

Todos los mencionados son justamente los grandes temas de nuestra historia más reciente. Sobre todos ellos ha reflexionado y ha escrito con lucidez, honestidad y coherencia. Y esa es la razón que explica este tributo, idea de unos cuantos colegas y amigos de Santos Juliá, al que hemos leído, acompañado y seguido, y con el que hemos compartido seminarios y debates. No queríamos un libro de homenaje al uso, en el que cada autor presentara algún aspecto, central o marginal, de sus propias investigaciones, sin relación a veces con el tema del siguiente, sino un análisis de la obra de Santos que incluyera, además, algunas semblanzas de quienes le conocen por distintos motivos. Eso fue lo que pedimos a los participantes: que escribieran sobre él. Les sugerimos los temas conforme a la especialización de cada uno, respetando, por supuesto, la manera en que decidieran afrontarlos. Unas colaboraciones han resultado más académicas, otras más personales; en el libro han convergido autores que proceden del ámbito de las ciencias sociales, otros de la historia en sus distintas especialidades y otros del periodismo. El producto es deliberadamente plural, con estilos y enfoques diferentes. Hemos agrupado los capítulos de acuerdo con las etapas y problemas de nuestro siglo xx que ha ido abordando Santos Juliá a lo largo de su carrera: la monarquía, la república, la Guerra Civil, el franquismo y la Transición, los intelectuales, Madrid, las ciencias sociales y la historiografía y, por último, la serie de semblanzas.

La decisión de quiénes podían colaborar en esa tarea fue nuestra, y nuestra es por tanto toda la responsabilidad por la elección. Somos conscientes de que hay ausencias indebidas y las lamentamos, pero era materialmente imposible invitar a tantos como hubieran deseado sumarse a este homenaje. Aunque en este libro figuramos como editores José Álvarez Junco y Mercedes Cabrera, no

habría sido posible sin la iniciativa y el trabajo de Miguel Martorell, Javier Moreno Luzón y Fernando del Rey.

Queremos agradecer también a la editorial Taurus, con la que Santos Juliá ha tenido una estrecha relación durante tanto tiempo, y en la que han aparecido muchos de sus libros, individuales y colectivos, que acogiera con entusiasmo y generosidad este proyecto.

I. MONARQUÍA

MODERNIZACIÓN ANTE EUROPA: UN APUNTE SOBRE EL PRIMER TERCIO DEL NOVECIENTOS ESPAÑOL

José Luis García Delgado

Resulta siempre estimulante encontrar motivos de admiración entre quienes nos preceden generacionalmente en el mundo académico: magisterio demostrado, auctoritas reconocida, calidad intelectual y moral, en definitiva. Pero hallarlos entre quienes, por razón de edad, son nuestros pares, entre quienes nos acompañan en el curso del tiempo que se nos ha concedido, es mucho más gratificante, pues hace más fácil el compartir anhelos y quehaceres, y más frecuente la cercanía amistosa. Como para otros compañeros de generación, este es mi caso con relación a Santos Juliá. Soy uno más de sus muchos colegas que, desde hace decenios, se benefician de su magisterio como historiador, de su auctoritas como intelectual y de su generosidad personal. Ojalá supieran expresarlo así las páginas que siguen, en las que reescribo lo expuesto en ocasiones anteriores.

UNA MIRADA ABARCADORA

Modernización se confunde en España con europeización desde el despuntar mismo del siglo xx. Es una relación simbiótica a la que se apela en los planos de la creación artística y de la investigación científica, en el orden institucional y en el de los hábitos sociales; es también un reclamo de progreso económico. La centuria del Novecientos, en un accidentado trayecto, contemplará sus avances y sus repliegues, en un proceso que, cabe decir, primero se hace *ante* la propia Europa que se toma como objeto de emulación; luego, desde *fuera* de ella, cuando la marginación política impida la participación en las etapas fundacionales de la construcción comunitaria

en el continente; para terminar realizando el trecho más fecundo del recorrido desde *dentro*, al sintonizar e incorporarse España al devenir de la Unión Europea. En un caso se trata de la España del primer tercio del siglo; en otro, de la dominada por el franquismo; y finalmente, de la que tiene como eje y marco la democracia.

En efecto, son esas —ante, fuera y dentro de Europa— las tres posiciones que identifican hasta cierto punto el curso de la modernización en España durante el siglo xx. Se simplifica, sin duda, con ello, pero se obtiene a cambio una pauta expositiva coherente. Y sin forzar la realidad, pues así como la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial simboliza la posición de España en la Europa que conoce el fin de los imperios centrales y el auge de los regímenes totalitarios, la posición extramuros de España a la hora del Tratado de Roma resume en cierto modo el sino del franquismo, de la misma forma que la integración en Europa será inseparable de la modernización de la España democrática cuando termine el siglo.

En todo caso, el alargado primer tercio del Novecientos español, desde la crisis finisecular hasta la Guerra Civil, compone una etapa de apreciable expansión y transformaciones productivas, de alta tensión modernizadora en la economía y en la sociedad. Se proclama entonces, más que nunca, el anhelo de europeización, y Europa es el punto de referencia. Modernización *ante* Europa. Ante una Europa que ve reflejados en el solar hispano, monárquico o republicano, los principales acontecimientos que van marcando época: desde la crisis intelectual que en todo el continente coincide con el tránsito secular, hasta los magnicidios terroristas que no reconocen fronteras nacionales; desde la creciente ola de corporativización, hasta la escasa duración media de los gobiernos, común en muy diversos países; desde las alianzas de conveniencia entre grupos económicos con distintos intereses sectoriales en busca de protección, hasta las prácticas caciquiles o clientelares y la desnaturalización de ciertos resortes de la vida parlamentaria; desde el intervencionismo económico, hasta la irrupción anticonstitucional del poder militar en un escenario europeo que en el decenio de 1920 da entrada a «la era de las dictaduras»; desde las durísimas pugnas ideológicas, hasta la violencia como arma política convenida. Incluso durante la Gran Guerra, la neutral España acabará participando, *volens nolens* —escribió Laín—, del destino co-

mún de los pueblos de Europa en muchos aspectos, no siendo los menores, desde luego, los concernientes a una cruenta conflictividad social.

Es cierto que, entre el cambio de siglo y la segunda mitad de la década de 1930, se suceden cuando menos cuatro etapas fácilmente distinguibles: una primera es la que, al culminar la coyuntura intersecular, llega hasta el umbral de la Gran Guerra; otra, entre 1914 y 1922, acoge el ciclo económico determinado por el conflicto bélico; la tercera recorre la dictadura primorriverista, con el breve epílogo que separa su final y la proclamación de la Segunda República, que, a su vez, abre una cuarta etapa, que cerrará trágicamente la Guerra Civil. Y es verdad también que cada una de ellas ofrece algunos acusados signos característicos desde el ángulo del crecimiento y el clima económico dominante. Pero a los efectos que ahora interesa considerar —grandes líneas de transformación socioeconómica— los elementos comunes que presenta todo ese dilatado tercio de siglo justifican una mirada de conjunto como la que aquí se ofrece.

INNOVACIONES PRODUCTIVAS Y CAMBIO SOCIAL

El escenario económico de la España que contempla el primer discurrir del siglo xx revela niveles de vida muy inferiores a los de los otros grandes países europeos —entre el 55 y el 60 por ciento del promedio de la renta por habitante de Alemania, Francia y Reino Unido—, pero revela también multiplicadas manifestaciones de iniciativa empresarial y cambio social. El esplendor creativo, literario y ensayístico que enlaza las generaciones del 98, del 14 y del 27, y modela la Edad de Plata de la cultura española, con el correlato de la internacionalización de la ciencia española que promueve la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas a partir de 1907, no se producirá en un terreno yermo: con el arranque del siglo, la empresa y el trabajo se benefician también de una nueva «generación poderosa, activa y dinámica» —así la vio Vicens—, que da renovado aliento al proceso de modernización.

Dicho de otro modo: la economía española que comienza en el Novecientos es la de una nación que pugna por reencontrar un lugar propio en el mapa internacional y que se siente urgida a ganar cotas de prosperidad; es la economía de un país mediterráneo euro-

peo que, si bien con acentos propios, comparte en lo fundamental las tendencias que caracterizan a buena parte de los países del continente durante unos años turbulentos y complejos como pocos.

En efecto, la industria «moderna» —la propia de la «segunda» revolución industrial— no se hace esperar: resulta hasta cierto punto representativo que los tres primeros automóviles matriculados en España lo sean en 1900. La economía española no llega tarde a la cita de la revolución tecnológica —como escribe Carreras—, al adquirir pronto el motor de combustión interna el protagonismo que hasta entonces ha tenido la máquina de vapor decimonónica, y enlazar la electricidad en la industria con la gasolina en el transporte. Son las novedades más representativas, y se trata de innovaciones que se acomodan mejor al medio físico de nuestro territorio, y que la economía española, con aportaciones propias y foráneas, va a incorporar pronto. Si al vapor se llega tarde, además con una difusión lenta, en la electricidad se avanza con rapidez. El arranque de la centuria, en particular desde la perspectiva de la producción industrial, es esperanzador y las décadas siguientes sumarán logros constatables.

La extensión y diversificación del tejido industrial es un rasgo bien característico de la época. Responde, por una parte, a la difusión de las innovaciones técnicas antedichas. Asimismo, responde a la ampliada capacidad inversora que proporcionan, en un primer momento, la repatriación de los capitales formados en las colonias ultramarinas que se independizan al terminar el Ochocientos, así como la renovada intensidad del flujo de capitales franceses, belgas, ingleses y alemanes hasta la Primera Guerra Mundial; después, los beneficios extraordinarios derivados de la neutralidad española durante ese conflicto. Responde, también, a la mayor movilidad de los recursos de capital nacionales que facilita la formación de una gran banca privada que va a mantener fuertes y duraderas relaciones con las empresas industriales. Y, finalmente, responde a la más decidida voluntad del Estado de «fomentar» la producción nacional, estimulando la sustitución de importaciones a través de medidas que, más allá de la protección dispensada por los aranceles aduaneros, sitúen en condiciones ventajosas —crediticias, fiscales, administrativas— a las empresas españolas. La suma de los efectos que provienen de todo ello se traduce en un tejido industrial que no solo agranda sus proporciones, sino también su densidad y diversificación.